



COLLECCIÓN  
CALCETÍN

# Tomás, buscador de la verdad

Luz  
Álvarez



## Sueño

*Me encuentro en la más espantosa oscuridad. Floto en medio de un vacío tenebroso. Solo, completamente solo y sin nada a lo que asirme. Llevado por un miedo que a la vez me paraliza y me impulsa, abandono la tibieza de las sábanas y salgo a caminar por ese espacio negro que me asfixia. Avanzo a trompicones hasta tocar con los brazos extendidos una de las paredes, fría, extraña, irreconocible. Por fin, a tientas, encuentro un objeto que reconozco; mi mente sugiere nombres: silla, pared... ¿por qué no encuentro el interruptor? ¿A la fuerza tiene que estar por aquí! ¿Éste es su sitio! ¿Detrás de las cortinas! El miedo se mezcla en el estómago con una extraña sensación de cosquilleo, como si me atemorizase y gustase caminar por ese límite entre el mundo real y las sombras aglutinadas ante mis ojos en figuras grotescas que me*

*hacen burla con gestos demoníacos. Y el miedo sube hasta ahogar a las cosquillas, se transforma en pánico y me asalta un ansia irrefrenable de gritar y gritar... mis dedos tocan entonces el interruptor de la luz, lo enciendo, recorro mi cuarto con la vista y me aseguro de que todo está bien, todo está en su sitio. Apago la luz deleitándome en ese acto de mi voluntad y regreso a tuestas a la cama. Ya puedo dormirme... Era una pesadilla, eso es, el mal sueño de un niño.*

*Sí, ya puedo descansar.*

*—Pero ya no eres un niño, Tomás.*

*Y tampoco es un mal sueño.*

*¡Levántate!*

*¡No puedes descansar ahora, aún no!*

*—Si no es un sueño, ¿qué hago aquí entonces?*

*¿Y cómo empezó todo esto?*

## Capítulo 1

Miércoles 17 de febrero  
Facultad de Filología  
en Santiago de Compostela

–Señor Sánchez-Novoa, Tomás, ¿no es eso...?

El profesor, ceño arrugado, voz severa, se inclina sobre la mesa de su despacho y mira al alumno por encima de sus gafas de montura de concha marrón, un tanto anticuada.

–Creo recordar –continúa en tono seco– que ya tratamos este asunto la semana pasada; pero usted es un joven muy insistente, muy tenaz, como ya ha demostrado sobradamente a lo largo de su estancia entre nosotros... En fin... terminemos... si es posible con la revisión de la nota que le he puesto a su trabajo

sobre la obra de Chaucer, *Los cuentos de Canterbury*, obligatorio para el segundo trimestre del curso.

El profesor, un hombre de unos sesenta y pico años, todavía fuerte y corpulento, habla con autoridad. Se inclina sobre un cajón de su escritorio, rebusca y extrae unos folios con letra impresa y los deposita sobre la mesa. A continuación se sube las gafas y revisa las correcciones en letra pequeña, picuda, que él mismo ha realizado en los márgenes de las hojas con su peculiar estilográfica de tinta azul.

Silencio.

En su despacho de la Facultad, el profesor don Arsenio Sivane, catedrático de Literatura Medieval y Renacentista, de reconocida fama en los círculos académicos por sus sólidos conocimientos en su especialidad, levanta la vista de las hojas, mira fijamente al alumno, y pregunta:

—¿Realmente cree usted que su trabajo merece ni tan siquiera un aprobado escaso?

Hay un punto de fastidio, de hastío, en su voz cuando señala con su dedo índice extendido, huesudo y rígido, los papeles desordenadamente expuestos sobre la mesa.

—Si eso es lo que piensa, o lo que alguien le ha hecho creer, joven, entonces lamento decirle que sobrevalora usted muy ingenuamente sus habilidades críticas y literarias.

Arsenio Sivane se ha puesto lentamente en pie.

Lleva un traje color azul marino bien planchado con una camisa, azul claro, extremadamente limpia y corbata en tonos marrones; un estilo que algunos considerarían un tanto convencional.

—Pero, así y todo, le explicaré, señor Sánchez-Novoa, por qué me niego a cambiar la puntuación de un trabajo en el que ¡se ha atrevido usted a hacer una burla frívola —pronuncia «frívola» como si escupiese alguna sustancia de sabor espantoso—, un remedo insustancial de los *Cuentos de Canterbury*! —en su rostro, de un tono cetrino, han aparecido unas manchas rojizas sobre la frente y las mejillas—. ¡A lo que parece se considera usted a sí mismo con la osadía suficiente para remedar a su autor, el insigne Chaucer! —se ha quitado las gafas con gesto deliberado—. ¡Porque eso es lo que usted ha escrito aquí... una mofa, un escarnio del original... —golpea y sacude los papeles con fuerza—. ¡Escrito probablemente con el único afán de impresionar!

—Disculpe, profesor... —interviene el alumno—, quisiera aclarar que mi intención ha sido dar nueva vida a las historias de los peregrinos, situarlos en un contexto actual... de ninguna manera pretendí hacer algo desconsiderado en contra de Chaucer.

—¡No encuentra desconsiderado manipular al gran autor inglés para presentar una especie de... de... cómic con extraños personajes que deambulan por el camino de Santiago viviendo pintorescas historias armados con el teléfono móvil!

Gesticula moviendo ampliamente los brazos como cuando recita a algún clásico en una de sus clases abarrotadas de estudiantes.

—¡No tiene por qué haber manipulación en recrear a los clásicos! Además, apenas un par de personajes utilizan el móvil... pero si lo que más abunda son las narraciones orales que se cuentan por las noches en los albergues y hospederías...

El profesor alza su mano en un gesto seco para silenciar las palabras del estudiante; luego le mira fijamente durante unos interminables momentos, al tiempo que mueve la cabeza de un lado a otro, con desaprobación. Luego baja el tono para decir:

—Está en su ánimo innovar, supongo, hacer algo diferente, sorprender al fin y al cabo. Tal vez... abrigue usted el secreto deseo de ser escritor, ¿no es cierto? Quizás sueñe con escribir para el cine, o por qué no, llegado el caso, convertirse en guionista televisivo —parece morder estas palabras con rabia—. ¡Busque entonces inspiración en otros lugares! Dedíquese a estudiar las series de televisión, por ejemplo. ¡Pero deje usted tranquilos a los clásicos, se lo ruego! —exclama casi colérico—. Al menos en lo que a mi asignatura se refiere.

Se hace un silencio tenso. El profesor recupera la compostura para advertir:

—Mire usted, para atreverse a reclamar hay que estar muy seguro de que le asisten a uno razones

fundadas; llevo treinta y cinco años impartiendo docencia, ocupo una cátedra en esta Facultad de Filología desde hace más de veinte, y todavía tengo que aguantar que algún alumno de primero o segundo curso...

*Estoy en tercero, de sobra lo sabe,* piensa Tomás.

—...quiera venir a dar lecciones y enmendar la plana, en lugar de aprender a escuchar a sus profesores, que es para lo que han venido a estas aulas.

Golpe seco con el mazo de folios sobre la mesa.  
Silencio.

Tomás contempla la mesa de despacho, pulcramente ordenada excepto por las hojas de su trabajo, desparramadas sobre la madera. Observa las paredes, llenas de diplomas y títulos enmarcados. Mira al profesor.

Las miradas de ambos se encuentran.

—Acépteme un consejo, señor Sánchez-Novoa —Arsenio Sivane habla en tono más sosegado—, estudie, estudie bien a los clásicos, lea y documéntese a conciencia. Lea un millar de veces, si es necesario, los *Cuentos de Canterbury*, obra sobre la que usted habla, dibuja y escribe tan ligeramente, y, por favor, déjese de variaciones personales y supuestamente vanguardistas. Yo le he pedido un comentario crítico, no una versión suya en clave moderna. Cuando haya hecho todo eso, regrese a mi despacho y hablaremos de ello. Hasta entonces, buenas tardes.



Sin más que decir, el catedrático comienza a recoger sus cosas para guardarlas parsimoniosamente en la cartera de cuero marrón gastado que habitualmente emplea para transportar su voluminosa carga de apuntes y libros. Luego se incorpora, devuelve un par de libros a su estantería correspondiente y recoge su hermosa pluma azul cobalto con filo de oro que descansa sobre una bandejita de bronce.

Arsenio Sivane tiene fama de hombre metódico y ortodoxo en sus opiniones; defensor de ideas que algunos consideran fijas y anticuadas. Sus estudiantes aprenden enseguida que al profesor le desagradan sobremanera las aparentes modernidades que, según él, tan sólo ocultan falta de rigor y de estudio. También le desagradan los alumnos que acuden a sus clases vestidos con ropa, podríamos decir... informal, complementada por una mochila amplia, una... una bandolera o algo semejante y un comportamiento, cómo denominarlo, arrogante en su ignorancia. Jóvenes estudiantes que se atreven a desafiar la necesaria autoridad jerárquica que, en su opinión, debe regir el mundo del estudio. Justo como el alumno que se sienta frente a él en este momento: Tomás Sánchez-Novoa, delegado del tercer curso, impertinente donde los haya, que ya le dio más de un quebradero de cabeza a finales del año anterior al capitanear aquellas reclamaciones de los estudiantes sobre... sobre cualquier cosa que se les ocurriese.

Tomás permanece sentado, pensativo, sin acabar de decidirse a abandonar el despacho. Siempre que habla con Sivane acaba enfadándose. Golpea despacio con el puño izquierdo el reposabrazos de su silla.

—Nuestra conversación ha terminado, señor Sánchez-Novoa. Nos vemos tras las vacaciones de Carnaval.

Dos golpes secos suenan en la gruesa puerta de madera del despacho.

—¡Pase! ¿Quién es? ¿Qué desea? —responde el profesor.

Al abrirse la pesada puerta de madera aparece a contraluz el rostro sonriente y la figura delgada y ágil de Luis Docampo, profesor de esa Facultad, miembro del departamento que dirige Sivane y profesor de Tomás en la asignatura optativa de Crítica Literaria. Docampo, como le llaman sus estudiantes, tendrá alrededor de cuarenta años y, al contrario que el catedrático, es un profesor que suele caer bien a los alumnos, en especial a las alumnas, no sólo por su aspecto físico, muy atractivo, sino sobre todo por esa mirada amistosa con un punto de malicia, su desenvoltura en el trato personal y el talante cordial con el que se dirige a todo el mundo. Por lo demás, es un docente preparado y capaz; en la Facultad se le considera el discípulo favorito de Sivane y su más probable sucesor en la cátedra.